

Salario evaporado

¿Cómo vive la gente del barrio la hiperinflación?

Alfredo Infante, s.j.*



AP/RODRIGO ABD

Recientemente, en un taller con docentes en un barrio, cuando sugerí a los participantes que enumeraran sus desafíos cotidianos más urgentes, la pregunta que más se repitió fue “¿Qué puedo hacer con mi salario para que me rinda?”. Desde hace unos años, y muy especialmente en este contexto hiperinflacionario al que hemos sido sometidos desde el mes de diciembre, el poder adquisitivo de la moneda se ha evaporado, trayendo como consecuencia un empobrecimiento sin precedente en la Venezuela moderna

Los datos de Encovi 2017, estudio anual realizado por la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) en alianza con la Universidad Central de Venezuela (UCV) y la Universidad Simón Bolívar (USB), con muestra previa a la hiperinflación, son escalofriantes:

A 87 % aumentó la pobreza por ingreso y a 61,2 % la pobreza extrema; 64 % de la población perdió peso en 2017 con un promedio de 11 kg; de 78 % a 71 % cayó la cobertura de la población escolar (3 a 24 años), el grupo de 12 a 17 años presenta 15 % de rezago severo (cursar más años de los que debería para culminar estudios); 39 % confiesa faltar a la escuela por no tener comida (cuatro de diez alumnos venezolanos); de 32 % a 30 % se redujo la población que acude a estudiar, optando por trabajo; 30,6 % dice trabajar por su cuenta, lo que refleja un alto grado de informalidad y precarización del empleo; 44 % trabaja sin contrato; en 60 % se amplió la brecha entre las madres más y menos pobres en cuanto a control prenatal de sus embarazos; aumentó el consumo de tubérculos, la yuca constituye un 70 % de la ingesta; 70,8 % declara que los alimentos que adquiere son insuficientes; 70 % declara no comer de forma saludable o balanceada; 63,2 % ha obviado una comida al día o reducido porciones; 80 % declara haber comido menos porque no hay más en casa; 78,6 % ha comido menos porque no consigue los productos; 61,2 % se acuesta con hambre por falta de dinero; en general, 80 % de los hogares presenta inseguridad alimentaria.

Visto esto, la pregunta que se hizo a los docentes en un taller que citamos al inicio, la podríamos traducir así: ¿Cómo vivir dignamente con mi salario y no estar en los porcentajes rojos de la encuesta Encovi? ¿Es posible?

Mientras escribo estas líneas, el presidente anuncia un nuevo aumento de 68 % en el bono de alimentación y un 58 % para el sueldo mínimo.

El Ejecutivo sigue con la política efectista de los aumentos, sin tocar la raíz, como muy bien lo apunta el economista Víctor Álvarez:

En los últimos 17 años, el gobierno venezolano ha decretado 30 aumentos de sueldos mínimos [con este 31] debido a que no ha podido parar la inflación. Pero en esta desenfadada carrera siempre pierden los salarios. Cuando el costo de la canasta alimentaria aumenta en una mayor proporción frente al incremento salarial, esto no solo anula el aumento, también devora el salario anterior. Por esta razón, las subidas de sueldo se convierten en pura ilusión monetaria; nominalmente se gana una mayor cantidad de bolívares, pero en realidad se compran menos bienes.

El mismo análisis hace la señora Juana en un foro social, espontáneo, en una esquina de la parte alta de La Vega:

Venezuela es el único lugar de la bolita del mundo donde temblamos de susto cada vez que el Presidente abre la bocota y aumenta el salario, porque quiere decir que la cosa va pa' peor. Es que cada vez que hay aumento hay menos trabajo y los precios se disparan, es decir, más pobreza.

Está más que demostrado que aumentos salariales descoyuntados de una política integral no son más que decisiones populistas que, en realidad, indican una devaluación más profunda de la moneda y, en consecuencia, una pauperización más dramática de la calidad de vida. Lo que el ciudadano *de a pie* experimenta ante semejantes decisiones es una reducción más acelerada del poder adquisitivo y más hambre.

En *SIC* hemos venido insistiendo que es necesaria una política económica integral ordenada a la reactivación del aparato productivo; que mientras esto no ocurra cualquier decisión en materia económica terminará en el fracaso, profundizando la hiperinflación y empobreciendo más a los venezolanos.

En este tiempo de hiperinflación, en el cual el país parece desmoronarse, la vida de las personas en el barrio ha venido sufriendo drásticos reacomodos con el objetivo único de aprender a sobrevivir.

¿Qué hacer para medio comer? Es la gran pregunta. Donde funciona la misión CLAP, (programa de subsidio de alimento que consiste en una bolsa o caja de comida con algunos productos) la dependencia a la bolsa o caja de comida ha crecido, pero también, la misma está teniendo menos alcance en cobertura poblacional y, de suyo, ha ido reduciendo la cantidad de sus pro-

ductos y alargado los periodos de tiempo de cada 23 días a más de un mes.

Este programa está siendo afectado por la reducción de las importaciones. La razón es que en tiempos de *las vacas gordas* se quebró el aparato productivo por el aumento de importaciones, expropiación por parte del Estado y fugas de las empresas privadas; ahora, con *las vacas flacas* nos encontramos con un aparato productivo reducido a su mínima expresión, con una economía totalmente dependiente de las importaciones pero sin capacidad de compra pues PdVsa, *la gallina de los huevos de oro*, está prácticamente quebrada.

Sin embargo, el control social y político por la vía de los CLAP sigue su curso. El Gobierno no reconoce el fracaso del "socialismo rentista" y, a través de su batería comunicacional, habla de los efectos de la "guerra económica" buscando cohesionar a los beneficiarios de dicho programa alimentario.

En torno al Programa CLAP hay distintas percepciones entre la gente de los barrios. Hay quienes la compran pero están claros que con eso no les van a comprar su conciencia, hay si se quiere un consumo rebelde; otros la compran y agradecen "la bondad presidencial", reduciendo sus derechos y doblegando su voluntad ante la bolsa de comida; otros que ni se rebelan, ni agradecen pero se lamentan; y una minoría que ha decidido no beneficiarse de la misma y que no está dispuesta a pagar el costo en tiempo y sol por su contenido.

Sin embargo, cabe resaltar que ante la pauperización de la calidad de vida y pulverización del salario, está aumentando la dependencia. Recibir la bolsa se convierte en un acto límite de vida o muerte.

Esto que ocurre con la comida, ocurre con todas las demás dimensiones de la vida cotidiana. La hiperinflación en el área de la salud ha dejado en la orfandad a la mayoría de la gente. Se ha vuelto a las yerbas y brebajes como medicina. Se ha reducido la movilidad urbana y ha llevado al abandono del trabajo. En el caso de las empleadas domésticas han reducido sus días laborales o han optado por quedarse en los lugares de trabajo siempre y cuando el empleador consienta, trayendo como consecuencia abandono del núcleo familiar y debilitamiento del tejido social.

*Director de la revista *SIC*.